

A black and white photograph of two soldiers in a ruined city. The soldier on the left is wearing a dark uniform and cap, looking down at a notebook he is holding. The soldier on the right is wearing a helmet and a dark uniform, also looking at a notebook. In the background, there are stone ruins and a church with onion-shaped domes. The text is overlaid on the right side of the image.

DIONISIO RIDRUEJO
CUADERNOS
DE RUSIA
diario 1941-1942

Edición de Xosé M. Núñez Seixas
Prólogo de Jordi Gracia

fórcola

Índice

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Cuadernos de rusia Diario 1941-1942](#)

[Apéndices](#)

[Mapas](#)

CUADERNOS DE RUSIA

Dionisio Ridruejo

CUADERNOS DE RUSIA

Diario 1941-1942

Prólogo de
Jordi Gracia

Introducción, edición y notas de
Xosé M. Núñez Seixas

fórcola

Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo Cáceres

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Soldados de la División Azul en un momento de descanso en el frente

© Del prólogo, Jordi Gracia, 2013

© De la introducción, edición y notas, Xosé M. Núñez Seixas, 2013

© Herederos de Dionisio Ridruejo, 2013

© Fórcola Ediciones, 2013

Depósito legal: M-10294-2013

ISBN: 978-84-15174-76-9

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

Jordi Gracia

Con Ridruejo han cambiado mucho las cosas en los últimos años, pero lo que sigue sin cambiar es la complejidad de su figura, los equívocos entre su dimensión más pública y su actividad privada, la distancia entre la primera etapa de su biografía y la segunda, y hasta la dificultad para identificar con nitidez aquello que ha de situarlo sin vacilaciones en la historia intelectual y política española del siglo xx. Más de dos y de tres novelistas han recreado su peripecia fascista; han proliferado los estudios, las publicaciones de materiales olvidados, de cartas privadas y documentos públicos, las reediciones de algunas de sus obras más relevantes, desde la guía personalísima de Castilla la Vieja hasta su espléndido libro *Casi unas memorias*, su luminoso y perspicaz *Escrito en España* o los documentos de su compromiso democrático desde Múnich en un libro que Jordi Amat tituló *Ecos de Múnich*.

Parece claro que hemos ido prefiriendo entre todos la obra en prosa del escritor antes que el fetiche literario de la posguerra. Para el presente ha dejado de ser únicamente el poeta del fascismo para empezar a ser un puñado de cosas absolutamente inesperadas, al menos a la vista de lo que entonces era aquel muchacho fibroso, brioso y fundamentalmente temible de los años treinta y cuarenta. Tanto Javier Pradera como Jorge Semprún, ambos amigos personales de Ridruejo desde mediados de los años cincuenta, hubieron de aumentar paradójicamente su admiración por el personaje al descubrir, ya en la actualidad, el articulismo político del Ridruejo juvenil y rematadamente fascista. Una cosa era hacerse socialdemócrata y liberal, tolerante y ra-

cionalista desde un pasado fascista, y otra llevar encima el pasado hiperfascista y fanatizado de Ridruejo. Comprender, reprobando y derrotar aquella larga temporada en el infierno era todavía más difícil, y esa dificultad hacía de él una figura un poco más insólita: ya no por heroicidad ética sino por la estricta complejidad intelectual y personal de la operación.

Quienes apreciamos la prosa de Ridruejo solemos apreciar también su poesía más tardía. Es irónica, civil, socarrona y escéptica, y nace del deslumbramiento ante el paisaje físico y urbano estadounidense: *Casi en prosa* (1972) es el libro de poemas que narra sus dos largas estancias como profesor de Cultura Española en Estados Unidos, y ese libro tiene mucho, todavía hoy, de revelación de un Ridruejo otra vez insospechado: caprichoso, feliz, hedonista, observador, divertido y sin el menor rastro de la solemnidad sacral del poeta fascista de la guerra.

Pero pese a la sorpresa, tampoco eso era nuevo en el escritor. La tentativa de una prosa de brevedades y alusiones, de escenas naturales y descripciones quietistas, entre Azorín y Josep Pla, había sido una práctica muy antigua del escritor, y había sido una práctica forzada por la censura. La atenuación del veto a sus escritos en prensa empezó hacia 1945 a condición de que sus temas fuesen literarios, poéticos, abstractos, es decir, no políticos. Y encadenó entonces la serie de artículos publicados en Barcelona que acabaría revisando y reuniendo en un libro de 1960, *Dentro del tiempo* (que a su vez reeditaría en 1974 con su título original, *Diario de una tregua*). Esos artículos van firmados muchos de ellos en 1945 y 1946, cuando Ridruejo reside en un flexible destierro en tierras catalanas, en Llanvaneras o en Sant Cugat, y es también ahí donde redacta, revisa o completa muchas de las páginas y notas que ha ido tomando a lo largo de su expedición rusa con la División Azul. Un atento lector de Ridruejo, el poeta y traductor Sam Abrams, nos

recordaba hace unos días la publicación de algunas de esas páginas (excluidas de los *Cuadernos de Rusia*) en un libro que compuso Manuel Penella en 1993, *Memorias de una imaginación* (los encontrará el lector en los Apéndices).

Y es que tenemos la seguridad de que estos *Cuadernos* publicados de forma póstuma fueron redactándose y reescribiéndose desde el destierro a Ronda en octubre de 1942, a su vuelta de la División Azul y tras la carta de julio de 1942 a Franco denunciando la irrespirable insuficiencia (insuficiencia fascista) del nuevo régimen y su sumisión a las oligarquías tradicionales, y a la Iglesia como jefatura intelectual y moral de la nación. Pero no tenemos muchas más certidumbres con respecto a la fábrica de ese libro, excepto la posibilidad de confrontar el texto actual con las extensas y detalladas cartas que mandó a los amigos desde Rusia, pero sobre todo a Marichu de la Mora. El resultado de ese cotejo revela una altísima semejanza de tono, escritura, enfoque y hasta fisonomía ideológica; no es posible afirmarlo categóricamente, pero esa comparación tiende a acercar el texto actual a las fechas de redacción de las cartas mismas desde la División Azul y, por tanto, a la etapa de convalecencia política e ideológica que vive Ridruejo a su regreso de Rusia.

La meticulosa reconstrucción que Xosé M. Núñez Seixas ofrece en el estudio introductorio es casi la condición misma para apreciar con libertad y sin escrúpulos la calidad literaria del texto. Y añadido que literaria no quiere decir formal o retórica sino integral: estas notas de viaje y asueto, de meditación o de tiento lírico, este cuaderno de vida agitada y remansada destila una viveza de observación y una voluntad de atrapar la realidad de la experiencia que sirven como auténtico hilo rojo del libro. La tentación más frecuente ha sido leer estos cuadernos como testimonio y radiografía de un fascista con voluntad documental: averiguar lo que pensaba, hasta dónde se conmueve ante las hileras

de presos y judíos, hasta dónde deplora el bolchevismo o el comunismo y hasta dónde se alinea el autor con el nazismo como esperanza redentora de la Europa contemporánea (que es lo que cree este Ridruejo).

Es una lectura necesaria pero no es una lectura suficiente porque neutraliza otra forma de lectura que hoy es ya de estricta probidad intelectual. Las sorpresas de la lectura política van a ser muy escasas frente a la riqueza de una lectura integral del texto como operación literaria frustrada, abandonada o aplazada para tiempos mejores que ya no iba a vivir. Y ése es el mejor regalo de una edición tan escrupulosamente anotada y prologada como la que ofrece Núñez Seixas: autorizarnos a leer entero al Ridruejo divisionario y fascista y a apreciar por tanto la tensión interna de la prosa, la riqueza descriptiva, los matices estilísticos del paisajista de sensaciones, las analogías con paisajes castellanos o la voluntaria empatía emocional con quienes soportan a la fuerza el paso y la convivencia de las tropas en sus casas y aldeas.

La vida cotidiana en la isba, los retratos humanos de compañeros de armas, la veracidad de algunos diagnósticos políticos, la recreación de la trinchera y la segregación emocional de la batalla, la debilidad de sentirse heroico y la certeza de estar siempre por debajo del héroe entregan los ángulos de un retrato de la vida de aventura que a menudo resulta novelesca en su capacidad de engendrar vida vivida en las guardias nocturnas, en las pequeñas costumbres o en las nimiedades de la vida soldadesca. Ese niño que lee el nombre de la mujer fotografiada en el calendario, con correcta pronunciación castellana (Dolores Ibárruri), esa envidia invencible ante la formalidad impecable de los soldados alemanes, esa intolerancia a la promiscuidad cuartelera o esa visita espectral a una ciudad que nunca volverá a visitar valen como lentes de aumento al laberinto interior de un hombre teóricamente al borde biológico y biográfico

de la madurez, de la estabilidad, de la definición profesional y vital. A Ortega le gustaba pensar que los treinta años señalaban la mitad del camino de la vida, y es ahí donde está Ridruejo cuando viaja al frente ruso, con veintinueve años que «recibo en un ambiente interior de nueva y para mí no esperada serenidad y madurez».

Que lo sentía así, me parece seguro. Que se equivocaba, también. Pero eso no lo sabía entonces ni él ni nadie. Por eso la lectura de este fresco literario de una empresa equivocada ofrece hoy la oportunidad de mancharse con el barro, la nieve pisoteada, la suciedad de la guerra, el drama de los muertos y el dolor de la consunción y al mismo tiempo asistir a la despedida definitiva de una prolongada juventud.

INTRODUCCIÓN

DIONISIO RIDRUEJO Y LA EXPERIENCIA DE LA
DIVISIÓN AZUL (1941-42)

Xosé M. Núñez Seixas

Universidad Ludwig Maximilian de Múnich

Los *Cuadernos de Rusia* constituyen, probablemente, una de las obras cumbre de la literatura memorialística sobre la División Española de Voluntarios o División Azul (DA), cuerpo de voluntarios reclutados de forma mixta por las milicias de Falange y el ejército, que aportó de manera exclusiva la oficialidad y buena parte también de los voluntarios, y que entre julio de 1941 y febrero de 1944 movilizó a cerca de 47.000 combatientes españoles en el sector septentrional del frente del Este^[1]. Se trata de un diario, repartido en siete cuadernos manuscritos, que recoge el viaje de la División Azul en tren a Alemania, su adiestramiento en el campo de instrucción de Grafenwöhr (Alto Palatinado), su viaje en tren y a pie por Polonia, Lituania, Bielorrusia y Rusia, ocupadas por los alemanes, su estancia en el frente del Voljov y su participación en los combates de la ofensiva del Voljov en noviembre de 1941, su evacuación y su período de convalecencia en los hospitales de retaguardia de Porchow y Riga, su largo intervalo en Berlín entre finales de diciembre de 1941 y mediados de febrero de 1942, y su vuelta al frente hasta su regreso a España en abril de 1942, con breve paso otra vez por Berlín.

Son los *Cuadernos de Rusia* un diario de guerra, pero un tanto sui géneris, pues probablemente fue sujeto a una reescritura posterior, sin que mediase gran distancia temporal de los hechos y, por tanto, sin que tampoco se hubiese

producido una mutación significativa en la cosmovisión de Dionisio Ridruejo. El autor, como expondremos, tuvo ocasión de ordenar notas, reconstruir uno de los cuadernos que perdió en la línea de combate y reelaborar el conjunto con vistas a una publicación que no tuvo lugar a su vuelta del frente ruso, entre el invierno de 1942 y la primavera de 1943, mientras abrigaba las mismas convicciones falangistas y favorables a la Alemania nazi que cuando estuvo en la División Azul. Todo apunta a que los *Cuadernos*, al no ver la luz en 1943 o 1944 como parecía ser su destino, permanecieron inéditos hasta la muerte de Ridruejo sin sufrir más revisiones.

El voluntario Dionisio Ridruejo: ¿privilegiado malgré lui?

Ridruejo fue uno de los presumibles padres de la criatura, el ideador junto con Mora Figueroa y el ministro de Exteriores Ramón Serrano Suñer –quien después lo expondría en el Consejo de Ministros y ante Franco– del proyecto de enviar una división de voluntarios, de cariz falangista, al frente ruso en cuanto Alemania, como se rumoreaba en algunos círculos diplomáticos, iniciase la Operación Barbarroja y se lanzase a la conquista de la Unión Soviética. Pero hizo más: se apuntó voluntario de inmediato, como soldado raso. Formó parte del amplio grupo de jefes provinciales, cuadros del SEU y antiguos combatientes falangistas que se ofreció a partir para el frente ruso. Y lo hizo, en buena parte, como una huida hacia delante para así poder evadirse de una situación de frustración personal: la constatación de que, tras la reordenación ministerial de mayo de 1941 y la subida de José Luis de Arrese a la Secretaría General de FET de las JONS, el proyecto totalitario de cuño falangista que soñaba con implantar en la España salida de la guerra civil quedaba relegado, frente al afianzamiento del poder personal de Franco y la consolidación de los católicos como contrapeso a los falangistas. A eso se unía su

deseo de salir al paso de las críticas que, como a otros jefes que no habían pisado el frente de batalla durante la guerra civil –había sido eximido de incorporarse al ejército en diciembre de 1936, por intervención directa de Franco–, le presuponían dejadez o cobardía, algo que no contribuía mucho a su popularidad entre los excombatientes, y que a él le provocaba incomodidad. Años después reconoció como uno de sus móviles para embarcarse en la DA el «decoro personal», el deseo de mostrar que también era capaz de «hacer una guerra, para que no digan que yo he hecho poca guerra porque no me atrevo»^[2].

Rusia, además, era una apuesta política que parecía medianamente segura. En unos meses, suponían los voluntarios falangistas, se hallarían desfilando en Moscú y volverían victoriosos con el aura de haber participado en la destrucción del comunismo, habiendo presentado los argumentos españoles para participar en la reordenación continental que tendría lugar bajo la égida del III Reich. Según el propio Ridruejo rememoraba en 1962, él no fue al frente ruso por anticomunismo, sino porque creía en una «joven Europa heroica y popular de que estaban llenas las imaginaciones de ciertos fascistas ingenuos». El «grupo falangista más revolucionario –en el que yo mismo acampaba–» compartía la creencia de que «todas las desgracias y disminuciones de España –incluyendo pobreza e injusticia social– procedían muy principalmente de su sumisión a la hegemonía anglofrancesa», culpable de su atraso y postergación. Del triunfo del Eje, por el contrario, esperaban «la constitución de una Europa unitaria, independiente y poderosa, en la cual España [...] podría ocupar un papel de importancia», pero también el fortalecimiento de la *revolución* pendiente. La victoria del III Reich permitiría «aventar el complejo plutocrático y clerical que pesaba sobre el Estado y destruir las formas decimonónicas del militarismo»^[3].

Con todo, Falange tuvo que aceptar que la gloria la compartiesen el partido único y el ejército, pues el ministro del Ejército, el general Varela, acabó por imponer que los oficiales y suboficiales saliesen de sus filas. Aun así, Ridruejo intentó mover influencias ante Arrese para que, al menos, muchos oficiales de simpatías falangistas fuesen los seleccionados para ir a Rusia^[4].

Salió de Madrid en tren e hizo el viaje con los demás. Pasó por la humillante experiencia de la ducha colectiva en Hendaya, pues el ejército alemán primero quería desinfectar las ropas y los cuerpos de los voluntarios; compartió el viaje en tren a través de Francia entre esporádicos puños alzados e improperios de la población civil, así como la recepción triunfal en las primeras estaciones germanas, y la estancia de mes y medio en el campo de instrucción de Grafenwöhr, en el Alto Palatinado. Allí supo Ridruejo lo que era la vida de cuartel, la dura instrucción, la disciplina castrense y el estar sujeto a jerarquías militares iletradas y poco simpatizantes de los *señoritos* de Falange. Por mediación del comandante en jefe de la División, el general Agustín Muñoz Grandes, que había sido entre 1939 y 1940 secretario general durante unos meses de FET de las JONS y gozaba de gran carisma y respeto entre militares y falangistas por igual, fue destinado el 25 de julio a la 2.ª Compañía del Grupo de Antitanques, una «unidad de postín» en la que abundaban sobremanera los falangistas^[5], y que reunía las ventajas de ser motorizada y de operar como unidad de reserva, cuya intervención sólo sería requerida allí donde fuese necesario en momentos concretos. Durante su estancia en Grafenwöhr, Ridruejo también tuvo ocasión, junto con otros dirigentes falangistas devenidos en soldados, de tratar con el conde de Mayalde, embajador español en Berlín, y los jefes militares, y de transmitir quejas diversas a las altas instancias. En Berlín tenía abiertas las puertas de la